

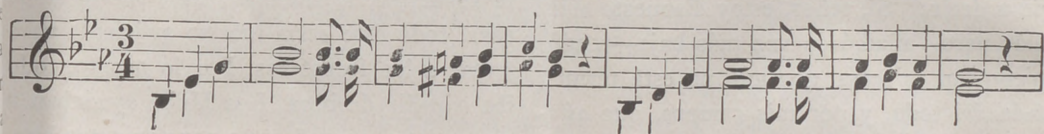
EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

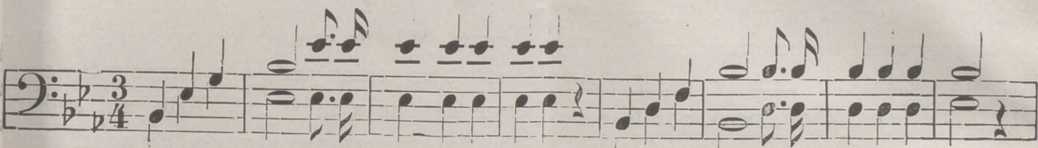
MADRID, 21 DE MAYO DE 1933

NÚMERO 21

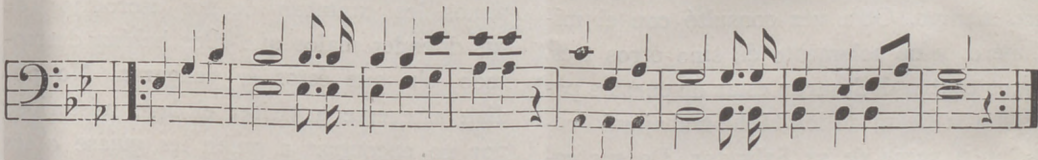
Más que vencer, tal es nuestra divisa...



1. Más que ven-cer, tal es nues—tra di—vi-sa, Nues-tra ban-de-ra en la pér-se-cu—ción.



Pa-ra la fe no hay ba-ta-lla in-de-ci - sa, Pa-ra el cris-tia-no no hay con-de-na — ción.



2. Nuestro caudillo salió victorioso,
En el calvario Su triunfo se ve;
Todos sigamos al Jefe glorioso:
Nuestra mirada en Su cruz fija esté.
3. Con El sufriendo, con El reinaremos;
No nos arredra del mundo el furor:

Buen testimonio de Cristo daremos,
Nuestra esperanza es el fiel Salvador.
4. ¡Animo, amigos! Poder invisible
Nos comunica Jesús por Su cruz.
El Rey de reyes es, Jefe invencible.
¡Más que vencer! ¡Por la muerte a la luz!

GENTE MORENA SIGUE EL CAMINO DE DIOS

(Continuación.)

Así cumplieron con su deber de ser misioneros haciendo algunos viajes a estas tierras desconocidas. Uno de ellos, sin embargo, reflexionó algo más al leer el mandamiento de Jesús. Cierta día se presentó al misionero, explicándole su pensamiento: "Señor, yo quiero ir con los Hube y llevarles la Buena Nueva de Anutu." El misionero miró a Cupa asombrado. Este volvió a decir: "Sí, señor, estoy dispuesto a ir allá; pero—añadió en voz más baja—tengo miedo por mi casa, que aún no está terminada del todo, y por mis campos, que aún no he podido sembrar". Entonces el misionero le contestó: "Ve a tu casa y acaba los trabajos allí y en el campo". "Pero, señor, ¿no comprendes que quiero ir con los Hube, para vivir con ellos y enseñarles?" "Claro que te entiendo; pero, por lo pronto, vete a tu casa, que aún no estás bastante preparado". Poco después la pequeña congregación leía los "Hechos de los Apóstoles" con el misionero; otra vez le impresionó el mandamiento de Jesús de ir a predicar el Evangelio. Además, un día tropezó con la palabra: Quien pone la mano al arado y mira atrás, no es digno para el reino de Dios. Ya no pudo resistir por más tiempo. Otra vez consultó con el misionero, y no solamente él, sino otros tres. Estos cuatro declararon estar dispuestos para ir a la tierra de los Hube trabajando como misioneros de su Salvador. De sus casas y campos no dijeron ni palabra; pero acaso serían demasiado viejos y poco aptos para este servicio. El misionero les preguntó, por cuánto tiempo pensaban quedarse con los Hube. Se miraron uno al otro con asombro y dijeron: "No pensamos volver". Así se encontraron los primeros misioneros

indígenas para el pueblo salvaje de las montañas del interior de Nueva Guinea.

Fué un acontecimiento enorme esta expedición de los jóvenes cristianos. En aquel país de los Hube estarían completamente solos, sin parientes ni amigos. Y los Hube eran gente salvaje. ¿Quién les garantizaba que no los matarían y aun los comerían? Aunque el misionero se había enterado antes si estaban dispuestos a recibirlos con simpatía y éstos habían venido al encuentro de los nuevos misioneros, no había seguridad. Si algún día ocurría alguna epidemia en el pueblo, o si había alguna muerte repentina, si tuvieran mala suerte en la caza, todo esto sería motivo suficiente para matar a los forasteros. Por lo pronto, tenía que ir a pedir de boca. Los Hube ayudaban a sus nuevos compañeros a construir una buena choza de hierba. También les asistían para cercar sus campos; pero luego se retiraron. Más de una vez ocurrió que los cristianos no tenían nada que comer y tuvieron que ayunar a la fuerza. Esto, sin embargo, lo soportaron con gusto. En aquel tiempo oyeron hablar de un lago misterioso habitado por un monstruo horrible, cuando duende maligno. Nadie podía acercarse a él sin peligro de muerte. Una vez había provocado la ira de ese espíritu malo. Entonces él había excitado el agua golpeando y el agua se había desbordado, asolando toda la comarca. De nada servía que los cristianos les cantaran de los escrodojos y sus duendes malos que ellos habían destrozado, sin que éstos se vengaran. No podían atreverse a visitar el lago misterioso por no encontrar a quien les guiase o enseñase el camino.

(Concluído.)

ADIVINANZA

Una señora de muchas basquiñas
y que se pone la peor encima.

La cebolla

¡Sé buen sembrador!

A ti, pequeño que me lees, van dirigidas estas líneas, para hacerte pensar un poquito en que debes ser un sembrador, y también para ayudarle a hacer una sabia elección en la clase de siembra que hayas de elegir.

Quizá te produzca asombro el que te diga que debes ser un sembrador, y, sobre todo, un *buen* sembrador, porque verás envuelta en esta palabra a un hombre lanzando en el campo, en terreno debidamente preparado, la simiente que desea germine en él mismo, y que arroja a la tierra con su mano derecha en rítmico movimiento.

No me refiero a estos sembradores, aun cuando sí tenga que decirte que es preferible llegues a ser un buen sembrador que un mal mecánico, o un mal abogado, siempre y cuando tú sientas afición hacia tal ocupación.

Hoy, al hablarte de que es menester seas un buen sembrador, me refiero a la semilla que puedes esparcir con tus palabras o con tus acciones, semilla que, naturalmente, lo mismo que la que el campesino lanza, fructificará, y será para bien o para mal tuyo y de los que te rodean, según sean tus palabras y tus actos, buenos o malos.

Porque, que todos somos sembradores, no puedes ponerlo en duda. Queramos o no, nuestros palabras y nuestros actos ejercen cierta influencia en los que nos rodean. Influencia mayor o menor. Bueno o mala. Eso dependerá de muchas cosas. De la situación en que nos encontremos; de la instrucción que posean los que se encuentren alrededor nuestro, o de otros muchos motivos cuya sola enumeración es tarea harto prolija. Pero que ejercen influencia nuestras palabras y nuestros actos, esto nadie lo puede poner en duda.

Así, pues, la elección no consiste en ele-

gir si debemos o no ser sembradores, puesto que queramos o no lo somos, sino en qué clase de sembradores habremos de ser. Buenos sembradores, o malos sembradores. Y esto, aunque a primera vista parezca lo mismo, sin embargo, encierra gran diferencia.

Un sembrador, antes que nada, prepara el terreno donde ha de echar su simiente para que germine, con arreglo a la clase de semilla que va a arrojar en él, y siempre teniendo en cuenta las especiales condiciones del terreno y de la simiente, para que en lo posible, y al menos en lo que de él depende, tenga alguna seguridad de que ha de obtener el resultado apetecido.

De la misma manera tú debes procurar elegir el terreno y la semilla que has de arrojar en aquél. Rodéate de buenas compañías. Sé prudente en la elección de amigos. Procura que haya siempre en ellos alguna cualidad buena que tú no poseas.

Y luego, a elegir buena simiente. No digas ni hagas nada que pueda sonrojarte a los ojos de los demás, y, sobre todo, a los ojos de Dios, que ve todo.

¿Que los demás desapruében a veces tu actitud? ¿Qué importa! La satisfacción moral que proporciona el haber obrado bien vale más, infinitamente más, que los parabienes que puedan ofrecerte tus amistades.

Sobre todo, ten siempre un ejemplo en quien fijar tu atención, antes de decir o hacer algo. ¿Y qué mejor ejemplo puedes elegir que Nuestro Señor Jesucristo? El fué un buen sembrador, o, mejor dicho, fué el más perfecto sembrador, o, más aún, el único sembrador perfecto.

Su siembra de amor, de bendiciones, de sanidades la resume la Escritura al decirnos: "Pasó por todas partes haciendo bien".

De ti no podrá decirse otro tanto, ya lo

sabemos. Pero esfuérzate, al menos, en parecerte más y más cada día a Jesús. En decir y hacer cuanto esté de conformidad con sus enseñanzas.

¿Que es difícil? Sí, desde luego. Y si por tí mismo tuvieses que hacerlo, imposible.

Mas no estás sólo en esta lucha. Hay alguien a tu lado, Cristo, que está luchando también contigo, y que alcanzará para tí el triunfo.

RAMÓN TAIBO SIEMES

La vida de los grandes hombres

Episodio de la vida de Mozart

Dios da muchas veces una extraordinaria inteligencias a algunas de sus criaturas que por medio de ella llegan a hacer maravillosos descubrimientos y producen verdaderas obras maestras.

Quiero hoy hablar a los pequeños lectores del AMIGO DE LA INFANCIA del célebre músico Mozart. El ya era célebre de niño, porque a los siete años escribía ya piezas de música, y con doce años compuso obras de gran valor. A la edad de seis años tocó el órgano delante del Rey de Francia, Luis XV, en la capilla de Versalles.

Con todo esto, no se crean los niños que estos jóvenes artistas no tienen que esforzarse y trabajar; sí, luchar duramente para vencer muchas dificultades. ¡Más que nadie estos grandes talentos necesitan mucha perseverancia, mucho ánimo y fuerza de voluntad, para conseguir lo que más tarde nos parece la cosa más natural del mundo!

En efecto; Mozart era un niño privilegiado por su talento musical. Cuando aún no tenía más que doce años, fué un día en compañía del Embajador de Austria durante la Semana Santa a la Capilla Sixtina, en Roma, para oír el "Miserere", de Alegri, cantado por célebres cantores. Esta obra se podía oír únicamente en esta capilla, por-

que no se había hecho copia del original para que no se tocara en otro sitio. Pues el pequeño Mozart, al llegar después del concierto al palacio del embajador, subió precipitadamente a su cuarto y tocó cada nota por nota lo que acababa de oír.

Al día siguiente, por la noche, hubo una fiesta en el palacio, donde Mozart paraba Cantaron y tocaron varios trozos de música, cuando de repente oían desde una galería un prelude admirablemente ejecutado; ¡Quién había de ser! ¡Ni más ni menos que el pequeño Mozart, que después del prelude empezó a tocar el "Miserere", de Alegri! Todos quedaron con la boca abierta, diciendo algunos: ¡Esto es un milagro!

Al otro día Mozart fué llamado al Vaticano, y cuando le presentaron al Papa Clemente XIV, éste le preguntó: "¿Es verdad que este canto sagrado, reservado hasta hoy para esta nuestra basílica en Roma se haya grabado en tu memoria con sólo haberlo oído una sola vez?"

"Sí, es verdad."

"¿Cómo puede ser esto?"

"Porque Dios así lo quiso"—contestó genuamente el pequeño artista.

(Concluirá.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.